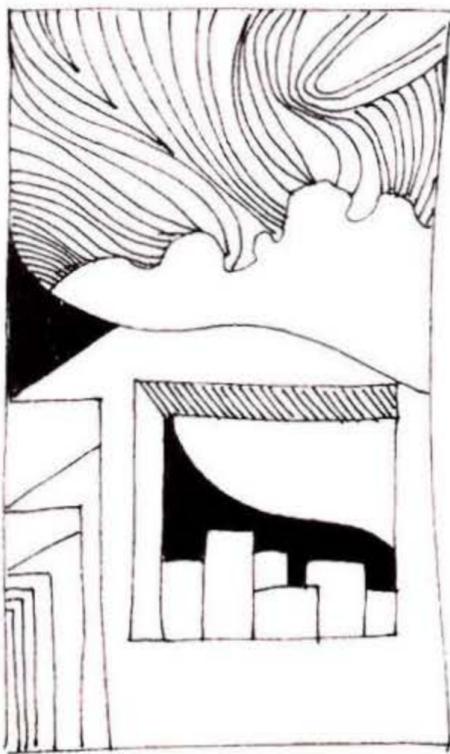


Lo elogiable está en otra parte: la voluntad de hacer posible una situación de aventura en los tiempos que corren es, de hecho, un riesgo, pues es notable la escasez de territorios propicios entre las actividades del hombre contemporáneo. Botero lo ha resuelto instalando al personaje en la aventura y no al contrario: es un hecho fortuito el que marca el comienzo de la revelación, pero un hecho que no existiría o que sería banal o que formaría parte de lo meramente cotidiano si no estuviera afectado por la acción positiva del personaje. En la aventura clásica, *al personaje le suceden cosas*; en la aventura de *Las ventanas y las voces*, lo que interesa no es lo que le sucede a Alejandro, sino lo que Alejandro *es y provoca*, siendo esto consecuencia necesaria de aquello.



Éstos son los elementos que constituyen el mecanismo de cada relato: la aventura como rito iniciático y el resultado ineludible de la epifanía. *El descenso* es el ejemplo más claro: nos previene el epígrafe de Malcolm Lowry: *I have sunk low. Let me sink lower still, that I may know the truth*. Alejandro, atormentado por el abandono de una mujer, por la memoria y por la imagen de esa mujer, sabe que su suerte sólo depende de sí mismo. "Nadie más sino él sería el responsable de hundirse hasta reventar, o, por el contrario,

de resurgir". De repente "se *encontró* bajando al mar" (el subrayado es mío), armado de su equipo de buceo, y sumergiéndose en medio de la noche. Abajo, intuirá el lector, se producirá la iluminación. ¿El agente revelador? Un breve instante de peligro, un *eterno* instante de peligro, al final del cual Alejandro será dueño de un nuevo aspecto de su naturaleza: de una de sus verdades esenciales. *That I may know the truth*: la aventura es el pasaje a la verdad.

El lado oscuro del rito es la violencia, presente en casi todos los relatos. Si la poderosa seducción de la aventura ocupa la escena de *El encuentro* y *Entonces*, la violencia —que había sido sugerida en otros relatos— impregna *Las ventanas y las voces*, el relato que cierra el volumen. La ciudad es paradigma de la violencia: Alejandro la recorre, y en el descubrimiento del mal encuentra una realidad íntima. No es nuevo, el tratamiento de la violencia urbana: Botero lo trató ampliamente en *Las semillas del tiempo*. El lector que haya recorrido esas páginas encontrará en *Las ventanas y las voces* imágenes, ecos, llamados, testimonio de la fascinación del autor por el hecho violento, por el mal arquetípico. (En este sentido, el autor no es muy distinto de su personaje). Cuatro de los epífanos de *Las semillas del tiempo* aparecen en *Las ventanas y las voces*. "Entonces Alejandro fue cambiando", es la sentencia lacónica que sigue a estas escenas. La relación entre el agente y la transformación nunca es tan patente; en otros relatos, ocurre un instante que se explaya en el tiempo pasado y futuro, que modifica el mundo; en éste, el proceso es rastreado con lupa. La consecuencia es la misma.

Un lector profuso de Hemingway, de Faulkner, de Vargas Llosa; un admirador de Woody Allen (una línea de Jodie Foster en *Shadows and fog* es plagiada con magnífica soberanía); un terco y cuidadoso constructor de tramas, meticuloso y puntual en el momento de redactar pero de imaginación apasionada: el lec-

tor de *Las ventanas y las voces* reconocerá acaso estas circunstancias. Bástele saber que el placer de una historia bien contada no será la menor de sus recompensas.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Entretenida

La modelo asesinada

Óscar Collazos

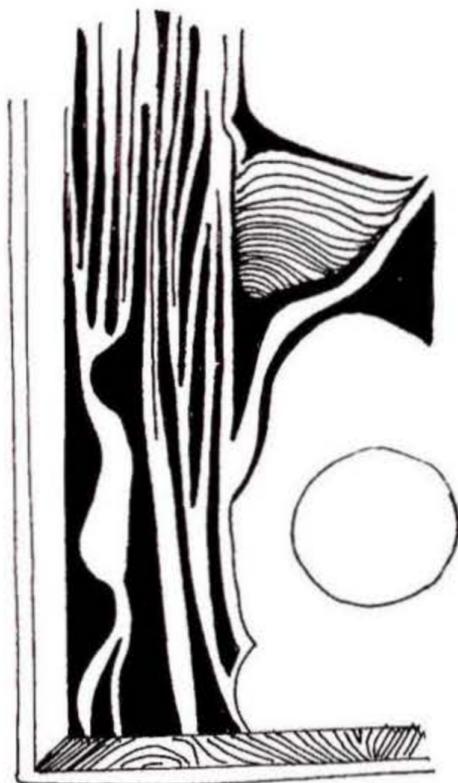
Seix Barral/Planeta Colombiana Editorial, Bogotá, 1999, 342 págs.

En toda historia policíaca que se respete hay dos personajes principales: el cadáver y el detective. Una famosa modelo y un fiscal retirado cumplen estos roles en la última novela de Óscar Collazos, cuyo ambiente adquiere forma en medio de una Bogotá inmersa en una violencia multiforme, y se sazona con los dineros calientes de la droga, el tráfico de armas y la corrupción política; sin que falte, por supuesto, el ingrediente erótico, que ha sido el mayor hallazgo de las novelas policíacas desde que Conan Doyle creara un héroe armado con lógica pura en lugar del espadachín romántico.

Veamos al héroe. Resulta interesante observar el hecho de que Raúl Blasco, el personaje que cumple este rol en la novela, sea un fiscal retirado, en lugar de un detective flaco, un policía musculoso o un sagaz investigador privado. Un fiscal como héroe trae consigo la noción de justicia imposible que tanto anhela la Colombia ultrajada impunemente. Más aún si tenemos en cuenta que se trata de un fiscal que ha sido condenado al retiro prematuro, por haber amenazado a las alturas corruptas del poder en un caso anterior. Sin embargo, Raúl Blasco no representa una visión de la justicia calculadora, fría e inmaculada, sino un ser humano que se dedica en su aburrimiento a espiar a sus vecinos con su cámara de video; además

Blasco es un hombre que está a punto de divorciarse de una mujer que lo adora y es víctima de un cinismo que sólo encuentra cura en su deseo de que se haga justicia.

Veamos ahora a la víctima. Érika Muñoz es una muy exitosa modelo de veintidós años; con una belleza que es capaz de provocar la idealización de un poeta que sólo la ha visto una vez, pero que en su interior es tan fría y calculadora como el ambiente profesional en que se mueve, donde el ídolo de hoy es el olvidado de mañana. Collazos parece cargar a la modelo con todas las faltas de una clase media que busca el ascenso económico por todos los medios, donde la ambición no se amilana ni siquiera ante la idea de prostituirse. Su asesinato, por tanto, no será consecuencia del azar (de haberse encontrado en mal lugar en peor momento), sino una consecuencia previsible de su coqueteo con el poder. Érika, más que víctima de su asesino, es víctima de una sociedad que camina hacia el colapso social y moral.



Esto último nos conduce a una característica muy peculiar de esta novela, cuando se considera que es, a fin de cuentas, una novela policíaca. Más importante parece ser el ambiente donde se desenvuelve la historia que el crimen mismo; el fondo es la descripción de una sociedad

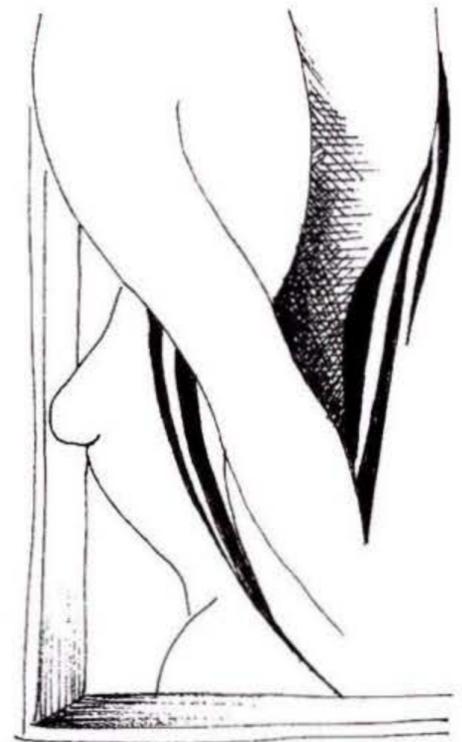
colombiana a punto de desmembrarse y de individuos inmersos en una esfera social que se aprovecha de la crisis o la niega. El mundo del modelaje, donde la obsesión por la imagen da la impresión de que "en Colombia no pasa nada", choca abruptamente, a partir del asesinato de la modelo, con la situación de un país donde la violencia es tan continua como el tiempo.

De hecho, Raúl Blasco parece pasar más tiempo reflexionando sobre la situación social que el que dedica a resolver el crimen:

Se disparaba tanto y tan a menudo que cualquier ruido nos hacía saltar de pánico y curiosidad. Ráfagas de metralletas, de subametralladoras, de pistolas automáticas; estallidos de bombas y, de nuevo, ráfagas de armas y explosiones de todos los alcances nos habían acostumbrado a vivir en medio de la zozobra. Un día el impacto se produciría en nuestra casa. Muchos, para protegerse, habían aprendido a vivir sin el temor a ese impacto porque hacerlo equivalía a morir cada día. Uno vivía insensible por una suerte de mecanismo defensivo. Si se estaba expuesto a la indeseada muerte del cuerpo había que mantener viva el alma. Los amigos, que enterraban a sus amigos muertos, se encontraban más a menudo en los funerales que en las fiestas. [pág. 22]

Bogotá ocupa un lugar especial en el relato, como capital de una nación en crisis y, paralelamente, como centro de la negación de tal crisis, a través de la farándula y la manipulación política. La Bogotá de los restaurantes de lujo, la "gente bonita", las grandes fiestas y los políticos corruptos involucrados con los grupos de extrema violencia. Así como también se encuentra una serie de personajes de clase media culta que intentan mantener un espacio para su intimidad entre el caos social, como Marité, la esposa de Blasco; o tratan de conservar la inteligencia y

la cordura a través del humor y el desahogo ético, como el periodista Eparquio Mora, cuya perra, Constitución, "parida de madre callejera un día de un mes inolvidable de 1991", mueve la cola y salta de alegría cada vez que su amo le recita un artículo del documento que da origen a su nombre.

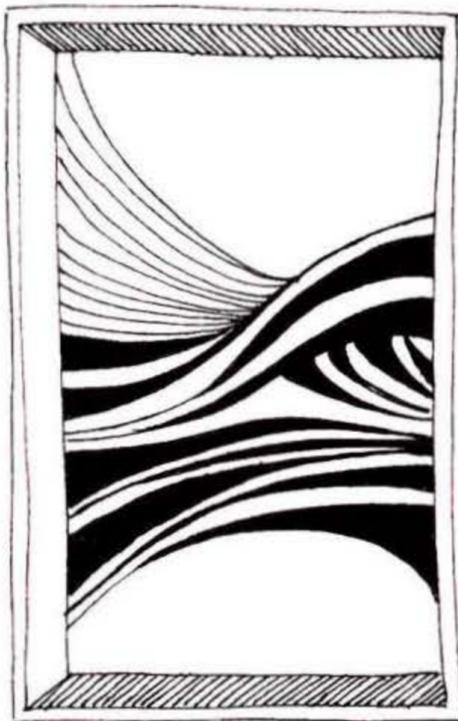


Es interesante que la moda sea el centro donde convergen víctimas, testigos y cómplices. Pero se nos aclara si nos damos cuenta de que podemos identificar a las modelos participantes en el relato como pertenecientes a la misma especie que esas muchachas de largas piernas que presentan "esa última sesión de los noticieros en que la farándula había destronado a la cultura" (pág. 107). De hecho, en sus pensamientos, Blasco llega a ser aún más radical al afirmar: "La farándula era la cultura". Por eso, sabiendo que Collazos no sólo quiere relatar el crimen, sino también enmarcarlo en la situación social colombiana, no nos sorprenderá el énfasis en el mundo de la moda, puesto que la moda no es más que una manifestación de la cultura imperante en la Colombia contemporánea, por todo lo que tiene de devoción a lo efímero, a la imagen, al día a día... Una cultura de lo ligero, que es la forma más segura de sobrevivir en un país con una tragedia demasiado pesada.

Afortunadamente, Collazos no comete el error de caer en el estereotipo de la modelo estúpida:

No era una profesión fácil. La liebre saltaba a cada rato en el camino. Aprovechados que les ofrecían la gloria con la intención de que ellas cumplieran en la cama. Si había una profesión en que la envidia era mortal, era ésta. El cuerpo tenía que estar a cada instante del día socorrido por la inteligencia o la astucia. No era cierto lo que se decía, que ellas eran solamente carne de muñeca sin nada en el cerebro. La inteligencia vivía agazapada detrás del cuerpo, inteligencia y cuerpo debían abrirse paso para no dejarse arrebatarse lo conseguido. Aspiraban cien pero sólo una se quedaba. [pág. 108]

Podría decirse que el autor pinta a las modelos como mujeres lo suficientemente inteligentes para sobrevivir en el mundo de la moda, pero no tanto como para hallar ideales propios con qué sustituir a los que brinda la sociedad enferma.



No hay sorpresas al final. Hacia la mitad de la novela tenemos ya suficientes pistas como para saber quien mató a la modelo. No sabemos los detalles relativos al cómo y el porqué, pero sospechamos que éstos no distarán demasiado de aquellos por los que cada año mueren miles de colom-

bianos... Sin embargo, leemos con placer esta novela de Collazos hasta el final. Y la razón es que, como demuestra *La modelo asesinada*, no toda novela policiaca debe tener un Sherlock Holmes o un Hercule Poirot para ser interesante y absorbente. A veces, cuando los acontecimientos en un país superan en dramatismo a la Inglaterra victoriana, es mejor tener un observador crítico, un Raúl Blasco, un simple ser humano que, a pesar de la salvaje crisis social y personal que lo acorrala, intenta que la justicia alcance a los culpables al menos por una vez.

ANDRÉS GARCÍA
LONDOÑO

Un "bárbaro sensible"

Nada importa

Álvaro Robledo Cadavid

Planeta Colombiana Editorial, Bogotá, 2000, 156 págs.

Es difícil no convertir a *Nada importa* en un libro emblemático de una generación. Todas sus características parecieran conspirar para que el lector considere el texto como reflejo de una realidad que abarca a todo un grupo generacional: la juventud extrema del autor, la novedad de un género prácticamente inexplorado en Colombia, una tendencia hacia lo global que se aleja del tradicional parroquialismo nacional.

La historia que este joven autor nacido en Medellín en 1977 nos plantea es la de una búsqueda que transcurre en tierras sajonas, por lo que la referencia al Santo Grial resulta inevitable. Pero si los caballeros de la Mesa Redonda buscaban el Grial para salvar a Arturo, los héroes de esta narración van en busca del granero donde Jethro Tull tocó *rock* por primera vez, simplemente porque es una buena excusa para ir a algún lado. Como los tiempos han cambia-

do, hay que hacer algunas concesiones. Por ejemplo, la castidad de Gawain le impediría disfrutar el viaje y el lector tendría que estar verdaderamente desorientado para buscar caballos en esta historia: la "bestia" de estos caballeros modernos es un Ford Mustang del 74 que recorre la campiña galesa a 130 kilómetros por hora.



El protagonista y narrador en primera persona es un joven colombiano que conoce en un bar de Oxford a Walt, un gigante danés, de una forma bastante particular:

Me acercaba, pues a mi puesto en dicho pub, con una pinta de cerveza en la mano, cuando veo a este animal de casi dos metros, completamente borracho y agarrándole las tetas y besándole el cuello a una rubia que bien podría ser una vestal de película de Ginger Lynn. Me aproximé hasta la mesa y yo le dije tranquila pero sólidamente que se quitara de ahí porque ése era mi lugar, sin saber de dónde había sacado la fuerza para decirselo, pues siempre he sido un cobarde. [...]

Salimos y el tipo se cuadró como si fuéramos a boxear o alguna mierda por el estilo. Yo no entendía nada y lo único que hice fue abalanzarme a morderle la oreja y a intentar ahogarlo. De donde yo venía, lo de pelear sólo con los